

La Soledad del Lobo

Verónica Murguía

La escritora mexicana Verónica Murguía dedicó diez años a la preparación de su nueva novela, Loba, con la que ha obtenido el más prestigiado galardón de literatura fantástica en lengua castellana, el Premio Gran Angular de Ediciones SM de España. Ofrecemos un fragmento de este libro como una muestra que ratifica los extraordinarios dones de imaginación y potencia estilística de la también autora de Auliya y El ángel de Nicolás.

En el bosque rugía la tormenta. Semejante a un vasto y doliente animal, la lluvia corría entre los árboles. Las ráfagas, cargadas de agua, deshojaban las ramas y arrancaban puñados de maleza, alzándolos en turbios remolinos. Los nidos de los pájaros se desleían bajo el chaparrón; los ciervos, empapados y temblorosos, buscaban refugio en las cuevas y su aliento dibujaba nubecillas en el aire. Los troncos se encorvaban bajo la embestida pero, al llegar al castillo, la tempestad se estrellaba contra las piedras y parecía detenerse, derrotada.

El castillo estaba protegido por una muralla rodeada por un foso lleno de la maleza que solía, en tiempos de lluvia, convertirse en lodazal. Esa noche, el barro, encrespado por los goterones que caían con ruido de grava, subía como una sopa burbujeante en la que flotaban rastros. Una torre de homenaje, robusta y carente de gracia, se alzaba en una de las esquinas. De lejos, iluminado por el fulgor intermitente de la tempestad, el edificio semejaba un desordenado montón de peñascos oscurecidos por el agua que chorreaba por sus costados.

El viejo cubil de los Lobos se llamaba Bento. Quienes lo construyeron tenían una idea clara de cómo debía ser el lugar donde se colocara la primera piedra. Se necesita-

ba una colina para ver de lejos a los enemigos; bosques frondosos con madera para las armas, las cercas, la hoguera. La tierra debía ofrecer caza para comer; agua dulce para resistir los asedios y, por último, campesinos a quienes aterrorizar, para que alguien arara la tierra a cambio de protección. La belleza arquitectónica era lo que menos importaba a los apresurados guerreros que lo levantaron.

En una tierra llena de montañas, valles y ríos, encontraron la colina. En las laderas, pegadas como hongos en el tronco de un gran árbol, se arracimaban medio centenar de chozas. En la cima, un ojo de agua miraba al cielo. Allí nació un riachuelo helado que daba de beber a los campesinos y regaba las parcelas. El bosque lo envolvía todo. Hubo madera para los techos, las flechas, las lanzas y los escudos. Hubo para fabricar mesas, camas y corrales. También encontraron ciervos, jabalíes, piaras de cerdos salvajes, liebres y, en los arroyos, peces que relucían como dardos de plata.

Los guerreros trataron de convencer a los campesinos de que les convenía tener barones armados que los protegieran. Los campesinos, cuyos bisabuelos habían llegado allí huyendo de una guerra o de otra, se encogieron de hombros. No tenían necesidad de protección mien-

tras no se acercaran nobles por allí, pero comprendieron que ya nunca podrían librarse de los recién llegados.

“Más vale malo por conocido que bueno por conocer”, se dijeron. Besaron los dedos gruesos y sucios que los Lobos les pusieron frente a la boca; los Lobos, a su vez y según la costumbre, besaron las frentes requemadas y los labios de sus siervos. Con ese beso quedaron todos unidos para siempre en la guerra, la pobreza y la paz, ay, tan poco frecuente.

Los campesinos fueron obligados a construir la muralla. Desarraigaron los peñascos y los arrastraron ladera arriba, atándolos y haciéndolos rodar sobre troncos pelados. Algunos hombres y muchas mulas murieron aplastados por las piedras, pues éstas parecían resistir la mudanza. Como siempre, los hombres prevalecieron: al cabo de un centenar de días lodosos y arduos, una maciza corona de piedra terminó por rematar la cima. Amparados por los peñascos, los guerreros levantaron el castillo alrededor del ojo de agua, con grandes ventanas que se abrían hacia el recinto. En las paredes exteriores perforaron aspilleras por las que podían asomarse brazos y arcos sin exponer el cuerpo de los soldados. Concluyeron su obra con una puerta inexpugnable hecha con veinte troncos de roble, una puerta para deshacer los arietes como si fuesen palos de escoba. Entonces los capitanes miraron la obra, la muralla y la torre y rieron, dándose palmadas en los muslos. La alegría les avivó la sangre. Llamaron a gritos a los escuderos, pidieron las espadas, se calzaron las espuelas y los yelmos. Los caballos de guerra, alborotados por el ruido infernal de las trompetas, asestaron coces a las maderas recién armadas de los establos y las astillaron. Complacidos, los Lobos se dedicaron a guerrear.

La muralla y las macizas paredes daban a Bento una apariencia marcial que ni los tapices ni los fuegos encendidos podían disipar. En la sala del consejo, un cavernoso galerón amueblado con mesas y algunos bancos, un grupo de hombres, iluminados por una chimenea que apenas daba calor, jugaba a los dados. Cuatro perros dormían cerca de la lumbre y una jarra de vino caliente humeaba sobre la mesa. Olía a paja mojada y a leña. La lluvia entraba en ramalazos por las aspilleras y empapaba las baldosas.

La luz vacilante del fuego daba al trono, vacío bajo el dosel apolillado, un aire vagamente luctuoso. Sentada en medio de los hombres que jugaban, una flaca muchacha pelirroja, envuelta en una raída capa de lana negra, sacudía el cubilete:

—Veamos —dijo. Arrojó los dados sobre la mesa con gesto distraído y sonrió sin alegría al ver el par de seises.

—Qué suerte —murmuró con voz inexpresiva. Los hombres asintieron. Uno de ellos recogió los dados y dijo con jovialidad impostada:

—Veamos si la fortuna me favorece a mí también.

Antes de que el hombre tomara el cubilete que la muchacha le ofrecía, se escuchó un grito. Era una voz de mujer, agudizada por el miedo, la voz inconfundible de Jara, la reina. Los hombres se miraron. De nuevo la voz se alzó y el grito fue rematado por un reproche lastimero. Los sabuesos despertaron. Sansón, el perro favorito del rey, gruñó suavemente. La muchacha palideció y alzó las cejas sobre sus largos ojos verdes. Esos ojos felinos eran el único rasgo suave en la cara huesuda y le conferían una expresión de pereza que contrastaba con la boca severa y la mandíbula angulosa.

La muchacha se incorporó con lentitud. Béogar el mariscal, un viejo alto y recio de blancos bigotes trenzados, la miró con gesto preocupado mientras los demás clavaban la vista en la mesa.

En otra parte del castillo una ronca voz masculina contestó al grito de la reina. El Lobo vociferaba, gemía y se carcajeaba. La muchacha se dirigió a la puerta. Béogar fue tras ella y la tomó del brazo:

—Vamos —dijo.

Sagramor, el halconero, preguntó:

—Señora, ¿nos necesitas? ¿Quieres que vayamos contigo?

La muchacha parpadeó como sorprendida y negó con la cabeza:



Impreso por Master ES, 1450-1467



Impreso por Master of the Banderoles, 1450-1475

—No. Quédense aquí... jueguen. Tal vez la suerte sea más generosa con ustedes que con mi padre —contestó. Se ciñó la capa y salió con Béogar.

En el resto del castillo soldados, cortesanos y esclavos contuvieron la respiración. Algunos hicieron la seña contra el mal de ojo. Todas las voces se sofocaron a una y los animales que dormían en las cuerdas se despertaron. Nadie se atrevía a intervenir en el pleito: el rey, lo sabían, estaba borracho y rodeado de fantasmas. Por eso lloraba y maldecía.

Llevaba tres días y sus noches encerrado con más de veinte odres de vino y rechazaba la comida que sus hijas y la reina le ofrecían. Un esclavo, Cínife, lo había oído discutir con los fantasmas que lo atormentaban. Oculto tras un tapiz había espiado al rey cuando éste, arrojado, pedía perdón a los espectros de los magos que había enviado a la hoguera. Más tarde, en las cocinas, describió a un público de esclavos alelados cómo el rey se arrastraba y rogaba al aire vacío:

—Se tapaba los ojos, se arrancaba los pelos y se retorció como si tuviera un cuchillo en las tripas. Es la maldición de Tórtola —repetía con aire de suficiencia, mientras alzaba un índice admonitorio.

Los mozos y las lavanderas que lo escuchaban asintieron. Orri el cocinero, un esclavo gordo y plácido que escuchaba la historia sin dejar de pelar cebollas, se limpió las lágrimas y señaló la puerta con la punta del cu-

chillo. Cínife se asomó para comprobar que ningún cortesano rondara cerca. Desde la puerta dijo:

—Y aun con esas vidas en la conciencia, busca magos para matarlos. Está loco.

—¿Por qué siguen viniendo? ¿Qué no saben que lo único que les espera aquí es la hoguera? —preguntó una mujer que limpiaba pescado.

—Por la montaña de oro que el Lobo jura que dará al mago que lo ayude a tener un hijo varón —contestó Orri.

—Pues yo no vendría, ni por oro, ni por nada —afirmó un mozo.

Orri movió la cabeza y vació la cebolla en un caldero.

—Cínife —ordenó—, trae un saco de harina de la bodega. Y ustedes... ¡muévanse! Los demás han de tener hambre, y las pesadillas del rey no nos servirán de excusa si no llevamos la cena caliente a las mesas.

Los esclavos se dispersaron.

“El rey está maldito”, afirmaban los soldados que patrullaban los corredores y las murallas. Lo mismo repetían los esclavos en las cocinas, los establos y las letrinas, mientras frotaban las mesas con arena, cepillaban a los caballos o paleaban inmundicias.

“El Lobo está maldito” decían los cortesanos, y algunos sonreían al decirlo. “Nuestro soberano... pobre, está endemoniado”, suspiraba Senen, el consejero, fingiendo una piedad fraternal que era en realidad la espera del buitre. La mayoría conocía la historia del Lobo, y pocos sentían compasión.

Soledad iba rápida por el corredor. Béogar iba tras ella, cabizbajo y con los puños apretados.

—Di a todos, la reina incluida, que nos dejen a solas con mi padre —ordenó la muchacha a un esclavo trémulo.

Oculto a medias tras un arcón, el hombre trataba de pasar inadvertido. Una tarde, hacía casi un año, el Lobo, en un ataque de locura, había matado a los tres sirvientes que lo cuidaban. En su delirio creyó que eran diablos que venían a buscarlo. Desde ese día, en cuanto el rey se encerraba con el vino, la princesa Soledad le escondía la espada. Aun así, los esclavos temblaban al oír sus aullidos y rehuían atenderle, pues el Lobo también sabía cómo matar con las manos desnudas.

—Señora, tu padre está solo. La reina y sus damas salieron de la habitación y me enviaron a buscarte —balbuceó el esclavo. Antes de que Soledad pudiera responder, la figura de Jara apareció al fondo del corredor. Iluminada por la luz fluctuante de la antorcha, su cara parecía una máscara de yeso. Estaba desmelenada y en los ojos hinchados y enrojecidos asomaba el miedo. La reina tartamudeó:

—Necesita láudano, pero no pude dárselo. Me ha maldecido, y mira, me dio un manotazo... Luego me

desgarró la manga y quiso abofetearme —Jara se tapó la cara con las manos y sollozó.

La manga rota le colgaba de la muñeca y en la carne blanca del brazo se veía la huella amoratada de los dedos del rey. Béogar refunfuñó y volvió el rostro. Soledad sintió una piedad confusa que se mezcló con impaciencia.

—Soledad... ayúdame. Me trata muy mal. Soy una reina, no una esclava.

La reclamación, apagada por las manos que le cubrían la boca, sonó petulante. Soledad extendió la mano y le acarició el pelo con torpeza. La reina se descubrió la cara y la miró:

—Si lo apaciguas, te peino. ¿Te gustaría? Y si te dejas peinar, te regalo un anillo.

Sonreía como una niña y mostraba los dientes pequeños y blancos. En sus mejillas brillaban las lágrimas.

Soledad chasqueó los labios.

—Alteza, déjame a mí. No llores más. Que venga Tagaste con el láudano y yo lo obligaré a beber.

Béogar puso la mano sobre el hombro de Soledad y, volviéndose a la reina, se inclinó en una breve reverencia:

—Señora, ya nos ocupamos nosotros. Con su venia... —y apresuró el paso.

Soledad fue tras él. Con el rabillo del ojo vio cómo su madrastra, entre suspiros teatrales, sacaba un pañuelo del escote y se secaba las lágrimas. El perfume de azahares de la reina llegó hasta ella. La princesa sacudió la cabeza y resopló. La piedad fue sustituida por la desconfianza de siempre: “Como si no supiera que quieres abandonarlo para regresar al lado de tu familia. No lo amas como yo. Te mereces el repudio por cobarde”, pensó.

Tal vez era verdad y Jara deseaba volver a las tierras de su padre, pero nadie en su familia tenía el valor suficiente para provocar al Lobo. Quizás era cierto lo que los cortesanos murmuraban: que la reina era más una prisionera que una esposa. Muchas veces Jara había rogado al Lobo que mudara la corte a un palacio, en una ciudad. Imaginaba una plaza, tiendas, tabernas, templos, atestados de jóvenes, viejos, nobles, plebeyos, hombres, en fin, que se detendrían al verla pasar rodeada por las damas y los guardias, enojada y altiva, en la gloria de su juventud.

“Ahí va la reina, la hermosa, la dueña del Lobo”, dirían. Los poetas compondrían versos en honor de sus rizos negros, de sus ojos como carbones, de su cuerpo gentil que no había perdido la esbeltez a pesar de la maternidad; los caballeros atarían el pañuelo de Jara en la cimera de los yelmos como enseña en los torneos. Emplearía las tardes en bailes, canciones, juegos de azar, enredada en las mallas de la sutil conversación cortesana. Extrañaba la música de las flautas y los laúdes, la poesía de los trovadores, las risas cómplices de las damas que la rodeaban en la corte de su padre. Bento, alejado de todo, no era un lugar al que los poetas y músicos de-



Impreso por Israel van Meckenem, 1460-1500

searan acercarse. Los servidores del Lobo no pagaban bien, ni apreciaban las melodías, los poemas, las danzas. Obligaban a los músicos a cantar una y otra vez las coplas brutales de la guerra o vulgares tonadillas de burdel. A menudo las cenas terminaban con peleas de borrachos. ¿Quién querría tocar ante caballeros ebrios que rodaban por el suelo acuchillándose con entusiasmo, entre perros que ladraban y carcajadas soeces?

En Bento la reina se veía obligada a mirar cómo las esclavas pasaban las tardes de invierno despiojando a los caballeros y arrojando las liendres a la chimenea. En verano los hombres, libres y esclavos, se quejaban de las pulgas y se rascaban las axilas con descaro. Entonces, Jara, hastiada y melancólica, rogaba al rey:

—Vámonos, señor, a un palacio, a vivir como los reyes de Moriana, no como uno más de tus caballeros.

Pero el Lobo se negaba: él era un hombre de armas y prefería los placeres de la guerra y la caza a la molición de las ciudades.

Jara había dado una hija al rey: Lirio. Lirio era el candado que cerraba la jaula, la garantía de que Jara era fértil. El Lobo esperaba que, de un momento a otro, la reina le diera un heredero varón. Soledad amaba a su hermana tanto como despreciaba a la reina y Jara lo sabía. Era imposible ignorar los modales de guerra y las miradas gélidas de su hijastra. No le dolían. Más le pesaban las borracheras del rey y el aburrimiento que la marchitaba en esa corte de salvajes. **U**